

significativas de un discurso literario que está en la base de una narrativa rica como es la española de este tiempo, y sin duda despierta el interés hacia la consideración de un género que en la literatura latinoamericana y especialmente en la venezolana también pudiera tener importantes cultoras. Junto al discurso historiográfico que une distintos momentos de una misma tradición, está el discurso crítico que se sitúa principalmente como tensión entre develamiento y reivindicación. Siguiendo específicamente ese corpus, reunido en torno a una misma lengua y una tradición cultural, la hispánica, Bettina Pacheco invita a lector a un recorrido singular, cargado de preguntas, que son también claves para la lectura: ¿de qué hablan las mujeres cuando se tematizan a sí mismas? ¿Cuáles son sus estrategias textuales, su estilo, su lenguaje? ¿Qué revelan? ¿Qué ocultan? ¿Se diferencia la autobiografía escrita por mujeres de la escrita por hombres?. Las respuestas las hallarán los lectores en este compendio problematizador que indaga, sistematiza y se compromete. *Mujer y autobiografía en la España contemporánea* es un más que un bojeo, una revelación.

Gregory Zambrano

Del poder y el deseo

Tengo miedo torero. Pedro Lemebel. Anagrama, Barcelona, España, 2001.

La sexualidad es la primera de las fronteras entre la normalidad y lo patológico, entre el orden y las formas terribles de la alteridad. En este sentido dirá Levi-Strauss que el hombre se hace social en el reconocimiento del interdicto; y el primer interdicto es la prohibición del incesto. La heterosexualidad – la legitimación de la pareja, la institución del matrimonio– es un triunfo del orden sobre las fuerzas perversas de la sexualidad. Para Foucault es posible ver cómo en la época victoriana, la familia conyugal confisca la sexualidad: la absorbe en la seriedad de la función reproductora; pero es posible decir que esa confiscación es constitutiva de la moral cristiana, y aún es posible encontrar uno de sus primeros esbozos en *Las leyes* de Platón.

El impulso de “normalidad” del orden expulsa hacia un afuera, hacia una extraterritorialidad, aquellos signos de lo heterogéneo, de lo incongruente: el asesino y el loco; el enfermo y el cadáver; y, con ellos, las formas incongruentes de la sexualidad: entre otros, la puta y el homosexual. Es cierto que el orden social, en el interior de sí mismo, abre zonas secretas, conos de sombra para que lo incongruente viva en un orden de permanente

emergencia, pero al servicio muchas veces de la red más profunda del orden: el poder. Así las mafias que proporcionan en secreto piso económico o político al poder, así las zonas de tolerancia para la vida prostibularia de los dobles de los hombres morales, intachables.

En las diversas inflexiones de la identidad y la diferencia, en la historia de occidente, la homosexualidad ha sido incorporada o rechazada, junto a la carga de incongruencia que arrastra, junto a su diferencia intransferible, junto a su condición de ser en "devenir", según la expresión de Deleuze. Así, para trazar un brevísimo esquema en el lienzo de esa historia, es posible decir que en el periodo helénico, antes del deslinde establecido por Platón en *El banquete* y, sobre todo en *Las leyes*, la práctica homosexual se identificaba, en su diferencia, con la altura crítica de la *ratio* y el conocimiento, y gozaba, más allá de la tolerancia, de prestigio; y es posible decir que la conquista en la modernidad, del espacio de lo privado, ha sido también un refugio, un ámbito de tolerancia para esa práctica, perseguida en su desamparo por el furor intolerante del poder desde la Edad Media, persecución que no ha tenido tregua en muchas sociedades. Pareciera que el escándalo diferencial de la homosexualidad no cabe en los estrechos límites de la moral cristiana, y quizás sólo alcanza su cabida en esa transmoral anunciada por

Nietzsche y que hoy es posible reconocer en algunas sociedades donde la *ratio* se ha desplegado para la comprensión de la complejidad de la vida.

Ese desamparo es constitutivo de la práctica homosexual, como lo es la intolerancia del poder. Sobre todo cuando éste es una práctica sin límites, tal como ocurre en los pueblos caudillistas. El desamparo se encuentra en los intersticios y en la fragilidad de su condición diferencial, y una de sus razones parece ser que esta forma de la sexualidad es un puro deseo, una intensidad que se vive solo por el otro, objeto del deseo, una ciega demanda que el otro usualmente no recoge, que naufraga en la negación y en la muerte. *La muerte en Venecia* (1913), de Tomás Mann, nos ha proporcionado uno de los más estremecedores y melancólicos expedientes literarios de esta condición de desamparo.

Esa intensidad que va más allá del amor para situarse en el erotismo (de allí que antes que la idealización de otro intransferible se le reconoce a veces en la pequeña aventura de la búsqueda incesante de efebos), nos muestra, en la sobrecarga de su deseo, la intensidad transpuesta en una sensibilidad que arrebató a lo femenino la profunda intuición de espacios y objetos, precipitándose muchas veces en las aristas del fetichismo, y que frente a la normalidad y el poder, despierta la fiereza de la

intolerancia, tal como puede verse, por ejemplo, en la vida de un Oscar Wilde, o la manifestación más inhumana del poder, tal como lo testimonian, por ejemplo, la autobiografía de Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca* (1992), o la reciente novela de Pedro Lemebel (Chile, 1950), *Tengo miedo torero* (Barcelona, Anagrama, 2001).

El libro de Arenas, sobre todo después del filme realizado por Julián Schnabel (2000), ha sido interrogado por la crítica en esa especial sintaxis entre el poder absoluto y el desamparo del deseo, que se expresa en frágiles representaciones del fetichismo; así ocurre con *El beso de la mujer araña* (1976), de Manuel Puig, llevada al cine por Héctor Babenco (1985), textos donde esa representación revela una de las vertientes de la fragilidad de la vida, y una de las vertientes de la monstruosidad del poder.

Tal sintaxis estructura *Tengo miedo torero*, dándonos una historia de resistencia al poder, y el tramao subjetivo del deseo, que, invirtiendo el movimiento erótico del deseo homosexual, se desplaza de la búsqueda anónima del erotismo a la fijeza solitaria y trágica de lo amoroso. Y entre las dos historias las escenas narrativas que se van contraponiendo entre Pinochet y La Loca del Frente, testimonian ciertamente episodios (reales o posibles) de la historia contemporánea de Chile, a la par que nos muestra el horizonte universal, ya

señalado, entre el poder desbordado y la fragilidad de la vida. Con una sabiduría narrativa que nos representa de diversas maneras la incongruencia, siempre en la inminencia de lo que creemos se va a producir (sea éste la realización del deseo o la irrupción del poder devastador), la novela de Lemebel nos lleva por los diferentes momentos de ese arco de incongruencias: del humor y la parodia al sentimentalismo de la canción amorosa, la intensidad pasional se levanta desde los signos pesados de la cursilería a las formas leves e inesperadas de lo sublime; nos lleva de la fiesta del erotismo a la renuncia trágica e intensa de lo amoroso (del juego erótico, que se sospecha en la vida anterior de La loca del Frente, a la fijeza, narrada sabiamente en la novela, y que de pronto se revela en el sentimiento del amor: Carlos). La ausencia del nombre de "La Loca del Frente", y la fijación del nombre "Carlos", que luego resulta falso, nos dan los primeros signos de esta representación del deseo, y de esta puesta en evidencia de la naturaleza del poder, en un relato que en modo alguno se propone como novela de tesis y que nos revela las siempre sorprendentes relaciones entre ficción y realidad, y entre contingencia y universalidad.

Victor Bravo